

Ernesto Baroche.

SU DUELO CON ROCHEFORT. — SU MUERTE
EN BURGET.

El año, en su carrera, acaba de traernos el aniversario del combate de Burget, triste aniversario para todos, y doblemente triste para mí, recordándome la muerte de uno de mis mejores amigos, Ernesto Baroche.

Puedo hablar de él y hacer su elogio, sin temor de herir susceptibilidad alguna. Su nombre no evoca ya ningún recuerdo político; es el nombre de un soldado muerto por el enemigo. Un hombre de corazón, y diputado republicano, Anatolio de la Forge, durante la ceremonia conmemorativa del

combate de Burget, no ha temido el decir con emoción profunda: «Salud á los muertos, pertenezcan ó no á nuestro partido, porque no hay compañerismo más sublime que el de los campos de batalla. Saludo en particular á la sombra del comandante Ernesto Baroche; á él y á los compañeros que han sucumbido á su lado, se aplica la frase «¡Gloria victis!»

Hasta el mismo Enrique Rochefort, que no respeta á ninguno de los hombres del Imperio, pronuncia jamás el nombre de los de Baroche. Bien es cierto que Rochefort conoció personalmente al primogénito del ex-ministro Baroche, y que le vió «manos á la obra.» ¿Quién no recuerda el duelo entre estos dos adversarios políticos?

.....

Juzgándose ofendido Ernesto Baroche por un artículo publicado por Rochefort en su periódico *La Linterna*, le había pedido satisfacción. Rochefort, refugiado en Bélgica, designó como testigos á los dos hijos de Victor Hugo, mientras que su adversario encargó á Loynes y á mí el representar su

persona. Inmediatamente salimos para Bruselas.

Á pesar de nuestros esfuerzos, Rochefort no consintió en otra satisfacción que en la de las armas, y el encuentro fué, pues, arreglado. Debía verificarse lo más cerca posible de Bélgica, pero fuera de su territorio, porque los hijos de Victor Hugo, que sabían que el código belga prohíbe los desafíos, no querían infringir las leyes de un país que les daba hospitalidad.

Á pesar de los años y de los sucesos transcurridos, aun me parece ver ese combate, cual si pasara á mis ojos.

Primero en ferrocarril; después en carruaje, y lúego, á través de los campos, llegamos á uno de los postes que separan la frontera entre Bélgica y Holanda. No estábamos, por tanto, en territorio belga; pero bastaba dar un paso para refugiarnos en él, si por acaso se les hubiese antojado á los gendarmes holandeses intervenir y levantar acta de la ocurrencia.

Las espadas se cruzan; la lucha comienza. Rochefort, alto, delgado, ágil, nervudo, ataca bravamente á su adversario, sin cui-

29752

darse en lo más mínimo de defender el cuerpo. Baroche, por el contrario, bajo, rubio, muy frío, muy sereno, sin avanzar un paso, para los golpes que le dirigen, y ataca con el brazo izquierdo; de resultas de una caída de caballo pocos años antes, no puede servirse del brazo derecho.

Dos veces ha sido herido ligeramente, y dos veces, después de un corto descanso, se ha vuelto á poner en guardia, porque, según lo convenido, no debía cesar el desafío hasta que uno de los dos adversarios hubiese quedado fuera de combate.

Al tercer encuentro, Rochefort se tiende á fondo, y su espada desaparece entre los pliegues de la camisa de Ernesto Baroche, á quien todos creemos gravemente atravesado.

Creencia equivocada: la espada se ha ladeado, y sólo ha rozado las costillas.

Nerviosos, sobreexcitados ambos adversarios, se disponen todavía á hacerse frente, pero el médico que asiste, los hijos de Víctor Hugo, Loynes y yo nos parece deber intervenir. Las heridas recibidas pueden no tener gravedad, pero entorpecen los miembros, debilitan á uno de los comba-

tientes, y hacen la lucha desigual. Se decide por tanto, que debe cesar.

Pronto nos hallamos de regreso en Francia, y me acuerdo que al día siguiente, hallándome yo en la habitación de Ernesto Baroche, se presentaron tres personas á adquirir noticias: un ayuda de campo del emperador, un chambelán de la emperatriz, y un amigo de Enrique Rochefort, quien olvidaba sus resentimientos, como Víctor Hugo olvidó los suyos el día que borró de los *Castigos* el nombre de Baroche padre.

.....,

Pasan los años, y vuelve á aparecer el nombre de Ernesto Baroche el 30 de Octubre de 1870 en el campo de batalla de Burget. ¡Qué batalla! Quizá no deja de ofrecer interés el oírlo referir de nuevo, tanto más á mi entender, cuanto son nuestros propios enemigos los que hacen ese relato. Si elogian nuestra bravura, si nos admiran, bien podemos creerlos sin escrúpulo. Por eso, reproduzco la traducción de una carta de F. Heine, publicada en *El Monitor Prusiano* del 10 de Diciembre de 1870:

«El Príncipe Augusto de Wurtemberg

5279-6

ha decidido que se recupere la posición de Burget, y á este fin, ha confiado el ataque al general Budritzki, comandante de la segunda división de la guardia, uniéndosele á su división ya completa, cinco baterías de artillería y varios batallones de la reserva.»

Interrumpo aquí esta cita para recordar que el 30 de Octubre no había en Burget, por toda defensa militar, sino setecientos cazadores del 28 de línea, con el comandante Brasseur á la cabeza; doscientos milicianos movilizados del batallón del Sena, mandados por Ernesto Baroche; 400 hombres del batallón 14 de movilizados, capitán Forey; los tiradores francos de la prensa, en número de 200, capitán Bulau; en junto, 1.600 hombres, de los cuales 313 fueron muertos, y los otros heridos ó hechos prisioneros.

Vuelvo al relato de *El Monitor Prusiano*. ¡Es conmovedor!

«Se empeña la lucha. Nuestros cañones callan; hubieran producido grande estrépito en nuestro ejército. Á pesar del fuego mortífero del enemigo, de sus barricadas, de sus muros almenados, nuestros batallones

avanzan impasibles sin disparar un tiro de fusil, banderas desplegadas, música al frente. Los comandantes y los coroneles van á pié; únicamente el general Budritzki y el comandante de brigada Kanitz, con sus ayudantes, permanecen á caballo, y no se detienen sino á 200 pasos de las trincheras. Entonces, á una señal dada, calla la música: y gritando un ¡hurra!, se arrojan nuestros soldados contra las barricadas. ¡Esfuerzos inútiles! Caen delante de aquellas tapias que vomitan la muerte, y se amontonan sus cuerpos unos sobre otros. Aunque obstruídos por aquellos montones de cadáveres, que son otras tantas barricadas, nuestros soldados no pierden su sangre fría, obedecen como en revista ó parada las órdenes de sus jefes, y se diseminan á izquierda y á derecha, para coger al enemigo por el flanco. Los hacheros, con sus instrumentos, les abren paso; aquí el techo de una granja es agujereado; allí una puerta es echada abajo. Entramos, y entonces comienza el sitio, casa por casa. El combate es á culatazos, á la bayoneta. El conde de Waldersée, coronel del regimiento de Augusta, cae heri-

do mortalmente: «¡Que saluden á mi pobre esposa!» dice, é inclina hasta el suelo su cabeza, para no volverla á levantar más.

» La barricada que nos ha detenido la primera, no la hemos allanado todavía, y el regimiento de Isabel recibe orden de proceder al segundo asalto. Tan luégo como avanza, el enemigo le hace sufrir pérdidas terribles. El porta-estandarte, y después de él el sargento Carfún-Kelstein, honrado con la cruz de hierro, caen bandera en mano. Al ver esto nuestros soldados, vacilan y van á retroceder. Pero el anciano general Budritzki, cuyo caballo ha caído al mismo tiempo muerto, llega á pie, recoge la bandera, y grita á la tropa: «¡Adelante! ¡á reforzar!

» Todos le siguen; se posesionan de la barricada. ¡Qué de muertos! Y entre ellos el coronel Zaluskowski, que dirigía el asalto.

» El combate en las calles es cada vez más mortífero: silban las balas por todos lados, la metralla estalla á nuestros pies. Por ventanas, puertas, tragaluces de sótanos, tejados, sale un fuego tan terrible y de tal modo nos aniquila, que los hacheros se ven

obligados á taladrar las paredes para penetrar en las casas. Nuestros granaderos se deslizan á lo largo de los muros, se apoderan como pueden del cañón de los fusiles que sobresalen, y hunden sus bayonetas en cada apertura que ven. A cada casa que se toma, se renueva una verdadera matanza.

» Sobre una puerta hay un letrero que dice: « Los prusianos son unos cobardes, no dejaremos uno con vida. » Entran los nuestros en la casa, y todos sus defensores son pasados á cuchillo.

» Más allá, con caracteres de sangre, se lee sobre una pared blanca: « Prusianos endiablados, nunca ya volveréis á reuniros con vuestras mujeres. » Y nuestros soldados exasperados no dan cuartel á nadie.

» Á las dos de la tarde, la victoria es nuestra; pero ¡á qué precio! Siete horas habían combatido los franceses con bravura extraordinaria.

» Nos ponemos entonces á visitar los lugares testigos de aquella carnicería. Balas de fusil y de cañón cubren el suelo; por doquier se ven montones de armas desparramadas, las paredes todas ensangrentadas.

Las llamas consumen el caserío de Burget, y los cadáveres están hacinados en las calles. Pero, delante de las barricadas, ¡qué golpe de vista! Allí se ve á nuestros granaderos en montón, tal cual la muerte los ha sorprendido; muchos de ellos yacen la espalda contra tierra, la cabeza en el lodo; otros la faz inclinada, los ojos abiertos; algunos con las manos unidas, en acción de orar; las heridas de todos son atroces, y enteramente los desfiguran. En la calle Mayor, por bajo de la iglesia, igual espectáculo aterrador. Viendo aquello, sin quererlo, se venía al pensamiento la granizada que cayó sobre Leipzig en 1860, con la diferencia, sin embargo, que en esta ocasión no eran granizos, sino balas y granadas las que habían caído.

» Aunque acostumbrado á ver combates horribles, termina F. Heine, nunca había visto otro que pudiera compararse al de Burget; sin mentir se puede afirmar que, de cuantos combates se han librado bajo los muros de París, ese ha sido el más sangriento. »

Tal es el relato prusiano.

Pero, durante esa lucha encarnizada, ¿qué era del comandante Baroche? Escuchemos la narración hecha por uno de los combatientes:

« La lucha más violenta tuvo lugar en derredor de una casa donde se había atrincherado el comandante Baroche con los últimos oficiales, los últimos soldados que le quedaban. Todas las paredes están acribilladas de balas; no ha quedado una viga sana. Hay una ventana que da á la calle, más acribillada que las otras, y en ella se ha situado el comandante, de pie, á descubierto, con un pie sobre la repisa, dando cara al enemigo, que ha salvado el muro exterior, y de barricada en barricada, se avanza lentamente hasta el interior. Baroche está armado de un fusil de aguja, y, de minuto en minuto, apunta y hace fuego. Las balas silban en su derredor, agujerean la pared, rebotan en la habitación. Ninguna le alcanza.

» Era por cierto, dice un oficial prusiano, un espectáculo extraño y terrible el de aquel hombre, que parecía solo haciendo frente á nuestras apiñadas columnas. Veíamos caer

á los nuestros, y llenos de rabia, salía de nuestras filas furioso tiroteo; á cada descarga, creíamos haberle herido de muerte; pero, cuando la nube de polvo y humo se disipaba, aparecía todavía aquel hombre, la cabeza descubierta, continuando sus descargas, con tanta regularidad como en un ejercicio de maniobra. Parecía invulnerable. Hay un Dios para los valientes. »

De repente, sin embargo, un chorro de sangre le ciega; un chinarro, que un balazo ha hecho saltar, ha ido á rozarle la sien derecha, y el ojo parece lastimado: «¡Qué contratiempo, no voy á poder apuntar!» exclama enjugando la sangre y conteniéndola con un pañuelo anudado en derredor de la cabeza. Y ya con esto, anima con nuevo brío á su tropa. Quieren aplicarle una venda mejor dispuesta, y sobre todo hacerle abandonar aquel puesto peligroso. Dícenle:

— No puede sostenerse ya más la posición, comandante. Harto ha hecho usted por el honor; resistir más tiempo es inútil.

— Es imposible — respondió Baroche — que París nos abandone; va á llegar el so-

corro; ¡por favor, amigos míos, tengámonos firmes media hora más!

Todos se lo prometen. Entonces él quiere exigir igual compromiso del último resto de su batallón, que se halla emboscado en un edificio pequeño, situado al otro lado de la calle. Y se dispone á reunirse con el merchado batallón.

Pero los prusianos avanzan por todos lados, la calle es suya. «No podrá dar usted un paso sin que le maten,» — le gritan de todas partes.

Él no quiere oír nada; baja, entra en el pasillo inferior, donde se encuentra solo, á descubierto, frente á frente de un batallón enemigo.

Da algunos pasos, se pára por última vez para mirar de cara á los prusianos; después, su cuerpo gira dos veces sobre sí mismo, y cae exánime por tierra. Una bala le había herido en pleno corazón.

Once años han pasado después de esa catástrofe, y no puedo volver á leer y repetir á otros los detalles que la cuentan, sin que las lágrimas se agolpen á mis ojos.